

Para jugar con *EL príncipe y el mar*
Norge Espinosa Mendoza
© 2008 Norge Espinosa Mendoza

A mediados y sobre todo, a fines de los años 80, el teatro cubano comenzó a desesperarse. El país, en ese instante, se conmovió también, y es claro que lo primero es síntoma de lo segundo, no porque un decreto lo oficializara, sino porque la nación misma comprendió que el cambio debía ser en esferas profundas de su realidad. El teatro es una realidad alternativa que no pocas veces influye en las otras dimensiones de lo que refleja. En aquel momento, numerosos artistas jóvenes salieron a luchar con sus armas, sus nuevos discursos, en pos de un aire de libertad que ya no podían respirar solo en la intimidad de sus estrechas habitaciones.

Parte de esa libertad tocó al teatro para niños y jóvenes. Desde las aulas del Instituto Superior de Arte y otros ámbitos no tan sacralizados, emergió una oleada de creadores que quiso remodelar aquel país y alcanzar al público de más corta edad. Salvador Lemis, Joel Cano, Alberto Serret y Chely Lima, entre otros, se acercaron al escenario para ofrecer sus tramas, sus fábulas en las cuales el personaje infantil no se ataba al viejo recurso de la moraleja, tan gastado durante más de una década en la que no podía irse el público de la sala sin ganar antes la convicción de que la vida era perfecta. O al menos, casi perfecta. Demostraron, en pequeños textos nacidos de sus enlaces a grupos nacientes, como el Buendía, que la escena para adolescentes e infantes no debía ser un espacio edulcorado, y se empeñaron en introducir ahí temas hasta ese momento obliterados: el divorcio, la muerte, la soledad, el valor de la duda. No siempre esas piezas llegaron a ser difundidas o publicadas: todavía había demasiados recelos latentes. Pero algunas, como *Galápagos* o *Fábula de un país de cera* tuvieron aceptación y fueron reconocidas como obras imprescindibles de ese nuevo período.

Entre esos creadores está Eddy Díaz Souza. Proveniente de los Talleres Literarios y de diversos contactos con grupos de teatro aficionado y profesional, sorprendió en varios concursos con obras solo aparentemente simples. La sencillez de sus estructuras era solo una suerte de umbral, una puerta a un mundo personalísimo en el que se tamizaban poesía y sentido dramático. El eco lorquiano es solo eso en sus textos: un eco magníficamente reciclado, que no le aporta máscaras encubridoras, sino que lo guía en sus propias concepciones. Las fábulas de Souza, que solo pudo ver en escena pocas de estas obras y contó con el apoyo de un director como Mario Guerrero, se defendían en un espacio de firme delicadeza, si es que ese oxímoron se me permite. *El príncipe y el mar*, escrita muchos años después de su salida de Cuba hacia Venezuela, lo demuestra a plenitud.

En el centro de la trama hay un niño sobreprotegido. Souza imagina la familia (esa obsesión del teatro cubano) como un espacio devenido juego de poderes. La madre y el padre viven aferrados a un libreto que es el Orden, y desde el cual intentan proteger al hijo de cualquier peligro, al punto de hacerle vivir una existencia artificial. El Hada del cuento es su abuela, un ser maravilloso que se empecina en liberar a su nieto. Lo consigue desde juegos de teatralidad, en los que la deliciosa caracterización de los personajes funciona como elemento clave. Las obras de Souza, más allá de su voluntad lírica, demandan la inmediata puesta en escena. Esa es una de sus condicionantes más exitosas. *El Príncipe y el mar* no es la excepción.

Lo que pretende decirnos esta obra es exactamente su opuesto: la vida no es un juego de ajedrez, los humanos no necesitan de disfraces para ejercer poderes. El Mar está a la vuelta de la esquina, y junto a él siempre alguien nos espera. Eddy Díaz Souza ha escrito una pieza que puede ser disfrutada por los niños, aunque un espectador adolescente descubrirá en ella recursos que lo harán reflexionar más allá del aparente juego. Para ese público tan olvidado que no ha dejado de ser niño pero que tampoco es aún adulto, se encierran en estas páginas preguntas importantes. Ello es otro valor, y no el único, de *El príncipe y el mar*. Invito a leer una obra que tal vez su autor comenzó a imaginar en Cuba. Está firmada en Caracas. En cualquier lugar donde haga bien querer irse a jugar entre las olas.